

El carbunco y otras enfermedades infecciosas susceptibles de uso militar y/o terrorista

Juan Gervas Camacho

Médico de Canencia de la Sierra. Madrid. Equipo CESCA. Madrid.

La maldad es infinita, como la bondad. El ser humano es capaz de los actos más bellos y de los actos más horribles, de ser bondadoso y de ser malvado. Ambos extremos pueden convivir en la misma persona, lo que impide dividir al mundo en buenos y malos. Algunas situaciones favorecen la bondad; por ejemplo, la participación democrática en el gobierno de las naciones, la equidad y la justicia. Otras situaciones favorecen la maldad, como la guerra, la desigualdad y la injusticia. Si bien la guerra es una situación extrema de los desequilibrios de poder injustos, la preparación para la guerra constituye una actividad de todas las naciones, con la notable excepción de Costa Rica, que carece de ejército. El poder de los militares se expresa a través del poder de las armas; es decir, de su capacidad para matar o, al menos, anular al enemigo. Las primeras y más primitivas armas siguen siendo las mismas: las manos (y el cerebro). Manos que antes ahogaban o destrozaban directamente al enemigo y que ahora pulsán botones, dirigen aviones o cultivan bacterias. La herramienta ha alejado la destrucción y, así, es posible causar muertes sin ni siquiera ver físicamente al enemigo, *civilizadamente*; por ejemplo, con las bombas que lanzan los aviones o los morteros. La industria de la guerra, el comercio de armas, es un capítulo importante en la economía de muchas naciones, un aspecto honorable de la actividad del mercado, que se ha intentado regular, al igual que la guerra, para evitar su lado más inhumano (como si todo ello no fuera profundamente malvado); así, hay acuerdo internacional para no producir minas contra las personas ni armas biológicas. Para salvar los escollos legales existe un engranaje de ventas de armas que constituye una sólida fuente de financiación de organizaciones ilegales, complementado en su maldad por los ingresos del mercado de drogas ilegales y de esclavos y trabajadores (prostitutas y otros emigrantes).

EE.UU. ha rechazado siempre frenar la investigación y desarrollo de armas biológicas. Entre ellas, ha considerado siempre algunas enfermedades infecciosas. Su ejército ha experimentado, a veces con su propia población, el poder de algunas enfermedades infecciosas como armamento alternativo al clásico explosivo (desde la mina contra las per-

sonas a la bomba atómica). Y, por razones nunca aclaradas, ha conservado muestras del virus de la viruela, como hizo la antigua URSS y hace Rusia. Pese al acuerdo internacional que prohíbe el estudio y desarrollo de agentes infecciosos como armas, suscrito por España, siempre ha habido dudas, por ejemplo, del origen de la actual epidemia de turalemia en Castilla y León.

Entre los agentes infecciosos cabe distinguir los muy contagiosos, como el virus de la viruela, y los de baja infectividad, como el *Bacillus anthracis*. Todos los gérmenes de la guerra biológica provocan gran mortalidad, como el mismo *B. anthracis* cuando contagia por inhalación.

Los casos espontáneos de carbunco suelen ser de infección cutánea, en trabajadores relacionados con la ganadería, pues el carbunco es zoonosis frente a la que muestra resistencia natural la especie humana, y el contagio exige la manipulación de material infectado o la transmisión por las moscas; la infección cutánea es raramente mortal, y se trata con penicilina, ciprofloxacino y otros antibióticos. La presentación pulmonar se ve en trabajadores de la industria de la piel, pelo, lana, o derivados de la harina de huesos de animales contaminados; el carbunco por inhalación tiene alta letalidad, incluso con tratamiento. En raras ocasiones se ve carbunco digestivo, por ingestión de carne contaminada. La zoonosis se mantiene por la persistencia de las esporas del bacilo, muy resistentes, que pueden sobrevivir años en las tierras de pasto hasta contaminar a los animales herbívoros, domésticos y salvajes.

Naturalmente, el desarrollo militar busca producir esporas dispersables, de menos de 5 micras, de variantes del *B. Anthracis*, muy agresivas para la especie humana y resistentes a los antibióticos. No es fácil ni barato obtener ese tipo de esporas que se puede emplear para producir aerosoles que contagien a grandes poblaciones por vía aérea. La imagen mítica de las esporas como *la bomba atómica de los pobres* es sólo eso, una imagen irreal. En general, el uso militar de armas biológicas exige un enorme esfuerzo, en dinero y en ciencia; no son armas de pobres. Sin embargo, en la actualidad se están distribuyendo esporas de *B. anthracis* como forma de crear terror en EE.UU., mediante su envío por vía postal, una forma poco eficiente de provocar su inhalación, pero muy eficaz como arma de terror, y se atribuye su autoría a grupos terroristas, aunque no se ha-

ya hecho ninguna acusación formal. Es dudoso que las esporas hayan sido producidas fuera de laboratorios militares, aunque nada excluye su robo o comercialización. La maldad de su distribución postal terrorista es paralela, en cualquier caso, a la maldad de su producción militar, en contra de los acuerdos internacionales al respecto.

¿Carbunco o ántrax? Carbunco. El corrector de textos del programa que emplea el ordenador con el que escribo señala como incorrecto el término *carbunco*, y sugiere el de *carbunclo*. *Carbunclo* es una mala traducción de la palabra inglesa *carbuncle*, con la que se designa en los países de habla inglesa la infección estafilocócica de la piel fibrosa de la nuca y espalda que lleva a la formación de una placa indurada y dolorosa, con múltiples puntos de supuración, lo que en español se llama *ántrax*. Lo que se está empleando como arma terrorista son esporas del *B. anthracis*; nada que ver, pues, con los estafilococos ni con el ántrax. Se busca provocar casos de carbunco pulmonar, no de ántrax. Pero en inglés, para complicar más las cosas, se llama *anthrax* a lo que en español llamamos *carbunco*.

¿Ántrax en las cartas? Esporas de *B. anthracis*. En las cartas no se puede mandar ni ántrax ni carbunco, como no se puede enviar tuberculosis ni sífilis, ni sida. No se puede enviar la enfermedad. Se pueden enviar los agentes infecciosos, el bacilo de la tuberculosis, el virus de la inmunodeficiencia humana, o las esporas del bacilo del carbunco, contagien o no contagien, desencadenen, o no, la enfermedad.

¿Qué hacer?, ¿qué decir a los pacientes? Repasar y estar al día, transmitir conocimientos científicos a los pacientes, y actuar como contraterrorista, poniendo en cuarentena toda la información que nos llegue. Estamos en guerra, aunque ni EE.UU. ni ninguno de sus aliados, entre los que se incluye España, haya hecho declaración formal de guerra. En la guerra, la información se manipula para que sirva a los fines de la misma. No hay por qué creer que lo que se transmite es verdad, ni toda la verdad (hay

que esperar, en buena lógica, que no lo sea). Tanto crea terror mandar agentes infecciosos por correo como no aclarar los casos y difundir una imagen dantesca y falsa del peligro, tan manipulada que hasta los ancianos de Canencia de la Sierra (población de 500 habitantes en el valle del Lozoya, en Madrid) crean que pueden recibir cartas con esporas de la variante *militar* del *B. anthracis*. No es costoso ni difícil mantenerse al día con fuentes independientes (no hay que juzgar como independientes las que financian los gobiernos de los países en guerra, como los Centers for Disease Control and Prevention, por mucho prestigio que tengan en condiciones de paz). A los pacientes se les transmite información en la consulta diaria, o en charlas *ad hoc*. Lo fundamental es parar la ola terrorista, tanto poniendo en su sitio al irreal peligro de recibir, por ejemplo, una carta con esporas, como al conjunto de información manipulada que transmiten los medios de comunicación españoles. En medicina general es clave reforzar la idea del uso correcto de antibióticos y de las consecuencias de su abuso, principalmente el aumento de las resistencias a los mismos (si uno sigue la lógica del terror puede llegar a pensar que lo que buscan los terroristas de uno u otro signo es, precisamente, el aumento de la resistencia a los antibióticos).

Conclusión: el terrorismo se basa en el dogmatismo, en el poder de los que creen estar en posesión de la verdad (incluso, algunos, oscuros dirigentes de grupos terrorista, o dirigentes de naciones ricas, creen estar bendecidos por el dios correspondiente). No seamos terroristas, busquemos con incertidumbre la verdad, sabiendo que nunca tendremos demasiada certeza en nada.

¿El manejo de la incertidumbre?, ¡en eso es maestro el médico general!

Este texto es un resumen de la charla coloquio que dio el firmante el 18 de octubre de 2001 en el Edificio Polifuncional de Canencia de la Sierra (Madrid).